

# Los fines del Estado según la Doctrina Social de la Iglesia.

## Las beatitudes como programa del papa Francisco

Por MONSEÑOR MARCELO SÁNCHEZ SORONDO



Hay muchos textos que sirven de punto de referencia para entender la nueva actitud del papa Francisco y su programa pastoral también en relación con los fines del Estado. Como Mozart en la música, él es creativo y renueva de modo diverso los temas de fondo que tiene en la mente y el corazón. No se los hace escribir ni dictar por otro. Quiere que sean suyos y respondan a su importante experiencia de pastor. De todas sus alocuciones me gustaría analizar una en particular, tal vez la más espontánea y significativa, que exteriorizó en su encuentro con los jóvenes argentinos en la Catedral de San Sebastián, de Río de Janeiro. Allí comenzó diciendo así: «¿Qué es lo que espero como consecuencia de la Jornada de la Juventud? Espero lío. Que acá adentro

va a haber lío, va a haber. Que acá en Río va a haber lío, va a haber. Pero quiero lío en las diócesis, quiero que se salga afuera... Quiero que la Iglesia salga a la calle, quiero que nos defendamos de todo lo que sea mundanidad, de lo que sea instalación, de lo que sea comodidad, de lo que sea clericalismo, de lo que sea estar encerrados en nosotros mismos». Explicó que los jóvenes y los ancianos deben luchar juntos contra una sociedad excluyente dominada por un «humanismo financiero», que busca solo el *profite* económico o propio provecho de *status* y así, consciente o no, se está suicidando porque margina su futuro, o sea los jóvenes, y su sabiduría, es decir a los ancianos. Precisamente dijo: «Miren, yo pienso que, en este momento, esta ci-

vilización mundial se pasó de rosca, se pasó de rosca, porque es tal el culto que ha hecho al dios dinero, que estamos presenciando una filosofía y una praxis de exclusión de los dos polos de la vida que son las promesas de los pueblos. Exclusión de los ancianos, por supuesto, porque uno podría pensar que podría haber una especie de eutanasia escondida; es decir, no se cuida a los ancianos; pero también está la eutanasia cultural: no se les deja hablar, no se les deja actuar. Y exclusión de los jóvenes. El porcentaje que hay de jóvenes sin trabajo, sin empleo, es muy alto, y es una generación que no tiene la experiencia de la dignidad ganada por el trabajo. O sea, esta civilización nos ha llevado a excluir las dos puntas, que son el futuro nuestro». Por ello, estamos llamados a actuar y trabajar para cambiar este *status quo*.

Pero ¿cuál es la palanca de Arquímedes o el punto de inflexión para revertir este suicidio, especialmente en Occidente? Tal punto de apoyo es en definitiva la fe en Jesucristo. Con tonos kierkegaardianos, Francisco afirmó: «La fe en Jesucristo no es broma, es algo muy serio. Es un escándalo que Dios haya venido a hacerse uno de nosotros; es un escándalo, y que haya muerto en la Cruz, es un escándalo: el escándalo de la Cruz. La Cruz sigue siendo escándalo, pero es el único camino seguro: el de la Cruz, el de Jesús, la encarnación de Jesús. Por favor, no licuen la fe en Jesucristo. Hay licuado de naranja, hay licuado de manzana, hay licuado de banana, pero, por favor, no tomen licuado de fe. La fe es entera, no se licua. Es la fe en Jesús. Es la fe en el Hijo de Dios hecho hombre, que me amó y murió por mí. Entonces, hagan lío; cuiden los extremos del pueblo, que son los ancianos y los jóvenes; no se dejen excluir, y que no excluyan a los ancianos». Hijo de San Ignacio, el fundador de los ejercicios espirituales, el papa Francisco plantea que la solución no pasa tanto por discurrir sobre la esencia del cristianismo, porque es relativamente fácil entender el umbral del misterio, sino sobre todo por practicar el ejercicio concreto de la fe, de la esperanza y de la caridad, que es más difícil. En esto es existencial como Kierkegaard, quien decía que el cristianismo no tiene esencia sino una práctica a realizar en la “existencia”: la de hacernos contemporáneos con Cristo por la participación activa de su gracia y de la caridad de su Espíritu. «¡Señor Jesucristo!» —escribe Kierkegaard en *Ejercicio del cristianismo*— «Tú no has venido al mundo para ser servido, luego tampoco para hacerte admirar o adorar en la admiración. Tú eres la vía y la vida. Tú has pedido solo imitadores. Despiértanos luego si nos hemos dejado persuadir del torpor de esta seducción, sálvanos del error de quererte admirar o adorar en la admiración en vez de seguirte y aseméjanos a Ti». Se podría decir, de un punto de vista filosófico, que el gran proyecto de la Evangelización se puede iniciar desde el dialogo sobre la verdad o desde el punto de vista del bien humano que es la justicia. El

papa Francisco apunta más sobre las beatitudes que tienen por tema la justicia, el pobre, el afligido, el justo, el pacificador. Quiero decir si reducimos el tema de cómo iniciar a los célebres trascendentales y a su mutua pertenencia y conversión, “*quod libeten sestunum, verum, bonum*” (Kant, *Crítica de la razón pura*, § 12), sin callar el trascendental de la verdad, tal vez el papa Francisco insiste sobre el bien humano, que es el fin de todas las verdades, y hoy se llama justicia. Y esta actitud tiene gran importancia a la hora de plantearnos el tema de la finalidad del Estado en la visión de Francisco.

Ahora bien, ¿cuál es el contenido y ejercicio propio de la fe por el que debemos comenzar esta revolución para el papa Francisco? Estos son las bienaventuranzas y Mateo 25. Ante la pregunta de un joven: «¿Qué tenemos que hacer, Padre?», Francisco responde: «Mira, lee las bienaventuranzas que te van a venir bien. Y si querés saber qué cosa práctica tenés que hacer, lee Mateo 25, que es el protocolo con el cual nos van a juzgar. Con esas dos cosas tienen el programa de acción: las bienaventuranzas y Mateo 25. No necesitan leer otra cosa» (Catedral de San Sebastián, Río de Janeiro, jueves 25 de julio de 2013).

Y ¿por qué las bienaventuranzas? Porque en ellas está contenida toda la perfección de nuestra vida (*tota perfectio vitae nostrae continetur*), como ya decía san Agustín, sea individual que social. Ellas explican el programa del Señor, su promesa y la retribución que Él nos dará, para satisfacer nuestra felicidad, aquello a lo que naturalmente aspiramos con todo nuestro ser y obrar. En suma, ellas indicanel camino y el premio final, o sea la recompensa de Dios que es en lo que consiste la verdadera felicidad. Felicidad a la cual todos aspiramos sea como singulares personas sea como pueblos, pero solo merecen los pueblos y los individuos que siguen y persiguen con perseverancia en el ejercicio concreto de sus vida las Bienaventuranzas.

El papa Francisco hace bien en seguir a Cristo, empezando por donde Él comenzó, el célebre Discurso de la Montaña, que son las Bienaventuranzas. Es por ello que también debemos clarificar desde ellas la nueva relación entre la religión cristiana y la política que emerge de la célebre sentencia de Cristo: «Den al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios» (Mc 12, 17).

Nunca habremos suficientemente subrayado la centralidad de las bienaventuranzas en el programa propio de Jesucristo. Es importante notar que mientras Moisés pone por fundamento los mandamientos, Jesucristo promulga las bienaventuranzas y funda sobre ellas todo otro programa, como síntesis, reducción y proyecto de la vida cristiana personal y colectiva. Así mientras Moisés promete siempre el bienestar temporal (Dt 28, 1) como todas las religiones no-cristianas, Jesucristo, al contrario, funda la felicidad en la vida eterna, o sea en el “reino de los cielos,” que es la recompensa de las bienaventuranzas. A diferencia de Moisés, Él establece

en un momento dramático de su vida que: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, los que están a mi servicio habrían combatido para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí» (Jn 18, 36). Aquí reside la gran novedad introducida por Cristo en el mundo respecto del orden social (central para nuestra explicación) que ni los griegos, ni los romanos, ni los judíos, ni ninguna otra religión propone, a saber, la emergencia de dos reinos. *In primis*, está el reino nuevo y definitivo de Cristo, de su Padre y de nuestro Padre, de su Espíritu y de nuestro Espíritu, y de todos los que participan de la gracia del Salvador y Redentor, comenzando por María, *Mater gratiae*. Reino este llamado Iglesia, que se desarrolla por obra del ser y del operar de los amigos de Dios y que tiene su vida y realidad definitiva en el Cielo. Luego, están los reinos seculares de la tierra, los gobiernos temporales, los estados, que están llamados a buscar el bien temporal en el ordenamiento de los bienes de mercado y de los bienes sin precio de la tierra.

En general, sean los individuos, sean los pueblos, todos aspiramos a la felicidad. Sin embargo, los seres humanos difieren a la hora de juzgar en qué consiste esta. Algunos la piensan de un modo, otros diversamente. La mentalidad actual del occidente desencantado y descristianizado, según el Papa, pone la felicidad en las cosas exteriores y materiales; peor todavía: en realidades artificiales como el dinero y las finanzas, que son el dinero virtual, los famosos «derivados», o sea títulos que derivan de otros trámites, juegos de azar entre el presente y el futuro, con lo cual cada vez representan un valor menos real y más aleatorio. El medio se convierte en fin, el futuro en presente, la realidad en posibilidad. Entre paréntesis, en esta visión nuestro Papa no solo está inspirado en Francisco de Asís, sino también es muy de san Ignacio, que había ya entendido, como antes san Francisco, una cierta alma perversa del capitalismo moderno que pone por fin la ganancia, el *profit*. Recordemos la meditación central de los *Ejercicios Espirituales* sobre las Dos Banderas: o eliges estar al servicio de Cristo o bajo el bando y el imperio de *Mammona iniquitatis*, inspirada en san Mateo. No se puede servir a dos patrones: o somos de Cristo o somos servidores del becerro de oro. Es más, san Ignacio enseña allí también que Lucifer da instrucciones a los demonios a que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, para que más fácilmente vengán a caer en el vano honor del mundo y de allí a todos los demás vicios (EE 139-142). Esto vale también para los gobernantes de las naciones y la *governance* global del mundo.

Otros muchos buscan el dinero no solo por sí mismo sino también por el poder que tiene para satisfacer el capricho, sea individual, sea colectivo. No sé si han observado que en general es característico de los multimillonarios y de los países muy ricos ser caprichosos. Ya lo subraya el Eclesiástico: «Yo comprendí que lo único

bueno para el hombre es alegrarse y buscar el bienestar en la vida» (Eccle. 3, 12). Estas dos falsas opiniones sobre la felicidad humana, aquella que la relaciona al dinero y aquella que se propone seguir el propio capricho, llevan a la corrupción a las cortas o a las largas, que según el papa Francisco es hija de Satanás. Más aún, la corrupción es el Anticristo mismo, porque esta produce estructuras de pecado que corrompen el mundo con formas de criminalidad nunca vistas. Se trata de la «globalización de la indiferencia» hacia la persona humana y el bien común que el papa Francisco ha tenido el coraje inaudito de denunciar con extremo vigor en su homenaje a los inicualemente muertos en el mar en Lampedusa: «La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles al grito de los otros, nos hace vivir en pompas de jabón, que son bonitas, pero no son nada, son la ilusión de lo fútil, de lo provisional, que lleva a la indiferencia hacia los otros, o mejor, lleva a la globalización de la indiferencia. En este mundo de la globalización hemos caído en la globalización de la indiferencia. ¡Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne!» (Homilía, campo de deportes Arena, lunes 8 de julio de 2013).

Otros, menos hoy, un poco más dignos en esta escala de errores, creen que la felicidad consiste en tener una vida activa según una áurea mediocridad y una comodidad burguesa mundana. Otros, en fin, en discusiones teóricas estériles que el Papa cualifica como «mundanidad espiritual». Todas estas opiniones son falsas y dañosas. El papa Francisco, siguiendo a Cristo en el Sermón de la Montaña, las combate y reprueba con esa decisión, pasión y coraje que le está haciendo ganar la adhesión de tantos pueblos.

La falsa opinión más difusa actualmente es trastocada o mejor trasformada y dada vuelta como un guante, (*capovolta*, como dicen los italianos con una palabra difícil de traducir) por la beatitud que el papa Francisco considera central, tal como lo es el consejo del mismísimo Cristo sobre la pobreza: «Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos» (Mt 5, 3). San Lucas, el amigo de los marginados y excluidos del imperio romano, es más neto: «¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!» (Lc 6, 20). A los que piensan que al reino de los cielos se puede llegar por la vía de las riquezas, mediante las cuales se obtienen también las máximas dignidades de este mundo, el Señor, sí, promete el Reino que comprende riquezas y dignidades, pero por la vía opuesta, que es la de la pobreza, la de la solidaridad y la del servicio. No se trata de dominar sino de servir. Por las riquezas el ser humano adquiere el poder de cometer cualquier mal y de satisfacer el deseo de cualquier pecado: porque el dinero le puede ayudar a obtener cualquier bien temporal, según ya nota 10, 19, «Todo obedece al dinero», y el gran Quevedo, «Poderoso



so caballero es don dinero. Madre, yo al oro me humillo, Él es mi amante y mi amado, Pues de puro enamorado. Anda continuo amarillo»<sup>1</sup>.

Desde el punto de vista de los fines del Estado y de los sufrimientos infligidos a los pueblos con nuevas formas de esclavitud, el papa Francisco está justamente preocupado por el creciente fenómeno de la criminalidad. Ante todo la financiera, que ha llevado a la crisis económica más deletérea que se tenga memoria. Pero además, a sus consecuencias letales, tales como los crímenes horribles de la droga y del tráfico humano, que se han dilatado con la «globalización de la indiferencia». Se habla de 2 millones de niños y niñas que desaparecen anualmente para satisfacer el creciente mercado sexual global de los ricos, el turismo sexual. Desde que en 2003 se instituyó el Protocolo internacional de Palermo contra el tráfico humano, se estima que hay más de 30 millones de desaparecidos por este motivo, y esta cifra es solamente la punta del iceberg<sup>2</sup>.

En este sentido, es claro que la codicia de las riquezas de los individuos y de los estados es la raíz de todos los pecados, como dice san Pablo, seguido por san Ignacio y san Francisco. El papa Francisco sabe ver esta conexión muy claramente más allá de todo lirismo: «El sufrimiento de inocentes y pacíficos no deja de abofetearnos; el desprecio a los derechos de las personas y de los pueblos más frágiles no nos son tan lejanos; el imperio del dinero con sus demoníacos efectos como la droga, la corrupción, la trata de personas —incluso de niños— junto con la miseria material y moral son moneda corriente» (Homilía del Card. Bergoglio, Misa Crismal, 28 de marzo de 2013). En el encuentro que hemos organizando en la Academia sobre el tráfico humano a pedido del Papa, un psicólogo nos ha explicado cómo la desigualdad económica de algunos pocos ha producido la patología psicológica del mercado sexual a nivel global. La revolución de la “libertad sexual” ha terminado en convertirse en la peor esclavitud del sexo y uso del cuerpo como mercancía de consumo. Como decía santo Tomás, hay una conexión profunda entre los vicios capitales de modo que uno llama y lleva al otro.

Por ello, «Felices los pobres». ¿Pero quiénes son los pobres realmente? Hay tantas formas de pobreza: física, económica, social, cultural, espiritual, moral. Hoy se identifica la pobreza con la ausencia de dinero y de poder económico y se caracteriza negativamente este status. Los pobres del Evangelio son, en cambio, ante todo los humildes que se estiman pobres a sí mismos para evidenciar en ellos la obra de Dios. En verdad, aquellos que son verdaderamente humildes, se reconocen pobres y menesterosos ante Dios y el prójimo no solo de las cosas exteriores sino también de las realidades interiores, y están abiertos a la asistencia divina y a la recíproca colaboración con los otros. El maestro de esta actitud es Jesús: «Aprended de mí que soy

manso y humilde de corazón» y «hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt 11,29). También: «Tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús, el cual siendo de condición divina, no retuvo avaramente ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo» (Fil 2,6). La persona que tiene esta actitud es solidario con todos los hombres y con su hábitat, la tierra. San Francisco *docuit*, enseña. Al reino de los Cielos se puede llegar solamente por la vía de la pobreza, de la humildad, de la solidaridad, del reconocimiento del otro como mi mismo y de la trascendencia e immanencia de Dios.

Pero ¿qué quiere decir «pobres de espíritu» o «alma de pobres», como incorrectamente presentan algunas traducciones contemporáneas? No se trata de los pobres por necesidad o circunstancias trágicas de la vida. Como decía Paul Ricœur, estamos de la parte de los pobres si combatimos esta pobreza, que las más veces desenmascara la injusticia humana. No estamos con aquellos políticos que aman tanto a los pobres que los multiplican. O sea, la pobreza que oprime una parte importante de la humanidad contemporánea debe ser combatida enérgicamente a nivel individual y a nivel estatal.

Aquí habría que abrir un capítulo serio respecto del fin de la economía y del error de las muchas teorías e ideologías económicas inventadas por economistas celebres y seguidas por no pocos gobiernos que no ponen en el centro la persona humana, la justicia y el bien común. Tanto el marxismo de los medios de producción en manos del Estado como el neoliberalismo del mercado sin límites son condenados por la doctrina social. Hoy hay injusticia en muchos países, sobre todo en aquellos que no tienen raíces cristianas y católicas, pero si uno considera el mundo como un todo, o sea en sentido global, hay solo una justicia en potencia, o mejor dicho una evidente injusticia internacional donde los países más ricos se aprovechan de los más pobres con la prepotencia de “o esto o nada”. Con el pretexto de ayudar se esquilmaba al más pobre e indefenso. Pensemos en la situación de tantos países de África que tras haberlos esclavizado se les quitan sus riquezas naturales.

Uno de los síntomas más claros de esta injusticia es el creciente drama del hambre en el mundo ya denunciado por Pablo VI ante las Naciones Unidas en el lejano día 4 de octubre de 1965 con el famoso pedido de «consagrar a la asistencia de los países en desarrollo una parte, por lo menos, de las economías que puedan realizarse mediante la reducción de los armamentos» (*Discurso a los representantes de los Estados*). En este drama, cuántas promesas incumplidas hay desde entonces, que son también tremendas injusticias que ofenden la conciencia humana. No cumplir promesas es no dar lo propio a cada uno y hacer perder la confianza que es la base de la relación humana. No solo

hambre y promesas incumplidas, sino además la injusticia por falta de redistribución internacional. Se piense también en la arbitrariedad en el manejo de las deudas soberanas. Para quienes viven en países con mercados emergentes o en desarrollo y se sienten injustamente tratados por los países avanzados, esta continua arbitrariedad, que es injusticia grave, es un motivo más para el descontento frente a un tipo de globalización administrada para servir a los intereses de los países ricos (especialmente, a los intereses de sus sectores financieros). El papa Francisco, movido por ese instinto del Espíritu Santo en favor de los pobres y últimos que lo caracteriza, ha pedido a la Academia de ocuparse de los socialmente “excluidos”: una masa humana que normalmente se establece en las periferias geográficas de las ciudades creando alojamientos informales y movimientos populares con propios líderes, personas capaces de encontrar y organizar para estas poblaciones un trabajo parcialmente retribuido, aunque normalmente no reconocido ni de las instancias gubernativas ni de los sindicatos tradicionales. En tales “villas miseria” o favelas, que son más de 200 mil en el mundo (Mike Davis, *Planet of Slums*, Verso, Londra-New York 2006, p. 26) viven alrededor de 1,3 billones de personas (*The Challenge of Slums: Global Report on Human Settlements*, UN-Habitat, 2003, p. xxv), pero la cifra de los excluidos va trágicamente aumentando también como consecuencia de la crisis económica (UN-Habitat estima que en el 2030 serán 2 billones, *loc. cit.*). Mientras este fenómeno de los excluidos se hace evidente en las metrópolis de los países en vías de desarrollo, no son pocos los analistas que sostienen también su progresiva difusión en los países desarrollados. En Europa, una economía en la cual el 25 por ciento de los trabajadores (y el 50 por ciento de los jóvenes) están desocupados, como en el caso de Grecia y España (para no hablar de Italia), no puede decirse al reparo de este fenómeno. Es desafío de los Estados cambiar este curso de la historia.

Los pobres por necesidad o circunstancias no siempre son felices, sino lo son aquellos que lo hacen por deliberada elección espiritual. Originalmente el ser humano nace menesteroso, indigente y necesitado, y gracias a la ayuda de sus padres y de otras personas mayores o coetáneas, especialmente a través de la crianza y educación, se hace capaz de elegir su propio modo de vivir en medio de tantas oposiciones y contradicciones que presenta el mundo de hoy. San Pablo explica la Encarnación como el «aparecer de la gracia de Cristo» que enseña el modelo a elegir por el justo individuo y gobernante, a saber: «vivir con sobriedad, justicia y piedad en este mundo» (Ti 2,12). Sobriedad, es decir, utilizar la medida de la razón en el uso de los bienes del mundo y de nuestras acciones y pasiones. Justicia, o sea, vivir según un comportamiento digno y solidario hacia nuestro prójimo, considerando al otro

como a uno mismo, una persona la del otro como la mía misma —él es persona como yo lo soy—, luego el otro siempre es un fin y jamás solo un medio para mí. Piedad, a saber, comportarse con la toma de conciencia de la existencia de Dios y de su presencia en mí más que yo a mí mismo, y de su infinita Providencia respecto a mí y a mis hermanos.

De estos pobres, solidarios y sobrios por elección hay quienes poseen riquezas pero no las ponen en el centro del corazón, porque son magnánimos y desprendidos. Es difícil, lo dice el mismo Señor en el Evangelio de San Marcos: ‘¡Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios!’ Los discípulos se sorprendieron por estas palabras, pero Jesús continuó diciendo: ‘Hijos míos, ¡Qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios’ (Mc 10, 23-25).

Otros, ni tienen muchas riquezas, ni estas tampoco afectan a su corazón. Esta situación es más segura, porque la mente fácilmente se separa de las realidades espirituales por el peso terráqueo de las riquezas y las exigencias de su administración. Por ello, estos últimos son dichos propiamente pobres en espíritu, porque son, en virtud de la gracia de Cristo y de los dones de su Espíritu, pobres con una pobreza que está sobre el modo humano de vivir, o sea más allá del modo natural, o sea una pobreza heroica: ellos son los hombres y las mujeres verdaderamente felices a los que el Señor alude cuando dice: «Felices los pobres». En realidad, dada la condición de menesteroso del ser humano, para que el hombre y la mujer desechen todos los bienes de este mundo al punto tal de solo apreciarlos en relación a lo eterno, se necesita vivir de un modo heroico y sobrehumano<sup>3</sup>, es decir, como verdaderos discípulos de Cristo, pobre y magnánimo a la vez<sup>4</sup>. Esta situación paradójica de la pobreza cristiana distingue la ley nueva de la antigua e incluso de otras religiones hoy muy presentes y las más veces agresivas e invasoras. Cuando un fundador de sectas lo primero que hace es prometer riquezas temporales, se debe sospechar que sea verdadero discípulo de Cristo, que en cambio pone de fundamento de la felicidad el «*contemptu divitiarum temporalium*», o sea el franciscano «*sposalizio con Madonna povertà*». Los beatos y los buenos gobernantes todos poseen esta pobreza que proviene en definitiva de la excelencia de la caridad, o sea del ordenar todo al bien común y al amor a Dios y al prójimo.

La opinión de aquellos que ponen la felicidad en la satisfacción egoísta del propio apetito o capricho es censurada por la beatitud: «Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia». Hay que saber que nuestro apetito, libido o deseo inmoderado es triple. Está el llamado irascible que ambiciona la venganza contra los enemigos que nos hacen injusticias, y esto está reprobado por el Señor con la beatitud que enseña: «Felices los pacientes (*beati mites*), porque recibi-

rán la tierra en herencia» (Mt 5, 4). Luego, el apetito concupiscible, cuyo motor es gozar y deleitarse al infinito en el finito. Esto el Señor lo reprueba y lo transmuta completamente cuando dice: «Felices los afligidos (*beati quilugent*), porque serán consolados» (Mt, 5, 5). Aquí la voluntad desordenada es doble en su propósito de gozo: primero, quiere que no haya ley superior que pueda coaccionarla en la búsqueda de su propio provecho; segundo, desea que el otro sea como subordinado o súbdito de sí mismo. Todo lo opuesto al otro como yo mismo o al yo mismo como otro, del que ya hablaba Aristóteles y hoy re-propone la ética contemporánea (P. Ricœur, J. Marías): se desea dominar y no servir o «ministeriar». Ya Benedicto XVI, justamente en la misa en la que ordenó Obispo al nuevo Secretario de Estado, Pietro Parolin, antes de partir para Venezuela como nuncio, dijo: «El sacerdocio no es dominio, sino servicio». Más aún, las personas «en la sociedad civil y, no raramente, también en la Iglesia sufren por el hecho de que muchos a quienes se les ha conferido una responsabilidad trabajan para sí mismos y no para la comunidad». Así, *mutatis mutandis*, los gobiernos misericordiosos y servidores encontrarán misericordia.

El Señor doblega ambas injustas actitudes. La de no subordinarse a ley alguna derramando corrupción, con la beatitud: «Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados» (Ib., 6). La justicia de dar a cada uno lo suyo es la virtud social por excelencia y nunca será perfecta en esta vida, por ello hay que «tener hambre y sed permanente». El remedio contra el deseo del dominio es la beatitud: «Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia» (Ib., 7). Así yerran tanto los que ponen la felicidad en las cosas exteriores, y sobre todo en el dinero, como los que la ponen en la satisfacción del apetito del gozo y deleite mundano que enferma o corrompe. Son necesarias la justicia y la misericordia juntas siempre, porque la justicia sin misericordia es crueldad y la misericordia sin justicia es la madre de todas las disoluciones morales. Como dice el papa Francisco, la misericordia es tener el corazón lleno de ternura con la miseria del prójimo, particularmente de los excluidos del banquete de la vida, sea de los bienes materiales, sea de los espirituales. Tenemos misericordia de la miseria de los otros cuando la sentimos como nuestra, cuando nos inclinamos a ayudar y hacemos un gesto de ternura. De la miseria nuestra nos dolemos y normalmente vemos cómo poder salir. Luego somos verdaderamente misericordiosos cuando tratamos de consolar la miseria del otro, de mi prójimo, del mismo modo que lo hacemos con la nuestra. Es doble la miseria del prójimo. Primera, la de no poseer los bienes necesarios para la vida, la salud, la educación, el trabajo, la seguridad social, la igualdad de oportunidades. Y aquí debemos tener un corazón misericordioso según el dictado de San Juan: «Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su herma-

no en la necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios?» (1 Jn, 3,17). La segunda miseria es peor, porque el ser humano por el pecado se hace miserable sea como individuo sea como gobierno. Así como la felicidad es hacerse virtuoso y salvar a otros, la miseria más deletérea es hacerse vicioso o corrupto y corromper a otros. De aquí que cuando con el debido modo amonestamos a los corruptos para que se revean, obramos también la misericordia de Dios: «Al ver a la multitud, Jesús tuvo misericordia» (Mt 9, 36). La justicia es clara tarea de los gobiernos y estados, pero también la política no está fuera del ámbito de la misericordia. Evidentemente esta representa un plus respecto de la justicia sin el cual, sin embargo, no se obtiene la paz social, y los gobiernos están llamados a aplicarla con sabiduría y prudencia, sea respecto de sus propios gobernados, sea en las relaciones internacionales. En países de origen cristiano todavía se llama a este servicio del gobierno ministerio de gracia y justicia. Es una buena regla aquella de usar misericordia política a la hora de pedir justicia por las injusticias sufridas teniendo en mente las veces que se ha ofendido. Una forma de misericordia política es la purificación de la memoria histórica de los pueblos. El ejemplo de reconciliación política propuesto por el líder cristiano Mandela bien debería ser imitado por otros gobiernos y no solo en la trágica guerra de Siria, que entre paréntesis nos muestra que hoy nadie gobierna el mundo.

«Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios» (Mt 5, 8). Esta beatitud es una de las más necesarias en nuestros días llenos de tentaciones especialmente carnales. Es necesario tener el corazón puro, como que es el templo de Dios, especialmente respecto de la pureza de la carne: nada impide tanto la solidaridad con el prójimo y la elevación hacia Dios como la impureza. Tal vez aquí como en ningún otro campo las mujeres tienen una misión especial y lo digo so pena de ser juzgado políticamente incorrecto. Ya lo había profetizado Juan Pablo II en sus documentos sobre la dignidad, misión y vocación de la mujer. Las virtudes morales ayudan a la vida espiritual, y particularmente la castidad. Los santos que están repletos de justicia, de caridad y de su efecto que es la semejanza con Dios, conocen mejor que nadie el corazón humano y entran en contacto directo con Dios, ven a Dios, lo experimentan. Esta beatitud, *servatis servandis*, vale para la política y los fines de los estados según la doctrina social cristiana. No se debe tolerar el crimen de lesa humanidad que es la trata humana, la prostitución y la droga. Si tenemos en cuenta la tan justamente proclamada dignidad de la mujer (y del niño y de la niña y de todo ser humano), hoy no se puede decir más que la prostitución sea un mal menor. Este es un mal absoluto que los gobiernos debieran combatir del modo más enérgico, como también la difusión de material pornográfico por los medios, especialmente por internet. Un

paso positivo parece ser el modelo nórdico que castiga al proxeneta y al consumidor y no a las prostitutas.

«Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9). Ésta es la séptima bienaventuranza según san Mateo. En el fondo, la vida espiritual debería disponer a la visión de Dios, a su amor y a la solidaridad con el prójimo. Así como la pureza del corazón dispone a la visión de Dios, la paz nos lleva al amor de Dios y del prójimo, porque por ella somos llamados y somos realmente hijos de Dios sin aditamentos, participamos de la filiación del Hijo natural, Jesucristo. Así, por la paz nos disponemos al amor del prójimo como a nosotros mismos. Es importante observar que el premio de ser «hijos de Dios» viene dado a los pacíficos y a los que «son perseguidos por practicar la justicia» porque «a ellos les pertenece el Reino de los Cielos», que es lo mismo. En realidad, todas las beatitudes precedentes se reducen a estas dos, y estas producen el efecto de todas las otras, que son como sus preámbulos. ¿Quién obra con la pobreza de espíritu, el llanto, la mansedumbre, sino aquel que tiene un corazón puro? ¿Quién practica la justicia y la misericordia sino el que busca la paz? La paz de Dios no la pueden dar sino los amigos de Dios que tienen el corazón puro y buscan la paz. Tal paz verdadera, el mundo no la puede dar. Por ello, son muchas las razones por las que los pacíficos y pacificadores son llamados hijos de Dios. La primera, porque los pacíficos tienen el oficio del Hijo de Dios que vino al mundo para congregar a los dispersos. La segunda, porque la paz de la caridad nos lleva al reino eterno, al que están llamados todos los hijos de Dios, y es ya un real anticipo. En fin, la tercera, porque por la caridad y la gracia el ser humano se asemeja a Dios, y donde reina la paz, no hay resistencia a Dios, que es lo contrario de la paz. Resistir al sol divino, esconderse a su luz y amor, cerrar el horizonte de la trascendencia, es lo contrario de la paz. El hombre contemporáneo no tiene paz porque tiene cerrado el horizonte de lo eterno. Los gobiernos que se encierran en el horizonte de la inmanencia sin permitir la libertad de la religión y la obra de la Iglesia difícilmente tienen justicia y paz.

Es notable ver cómo estas beatitudes se pertenecen unas a otras y se superan reciprocamente: cuanto más se es misericordioso, más se es justo y viceversa; cuanto más se es pacificador, más se es hijo de Dios y viceversa. Hay una circularidad gradual entre ellas: una lleva a la otra, y ambas se perfeccionan mutuamente.

En fin, el Señor propone la octava bienaventuranza que de alguna manera significa la perfección de todas las precedentes. El ser humano es perfecto cuando a causa de la persecución no desiste ante nada en realizar el ejercicio de las beatitudes: «El horno pone a prueba los vasos del alfarero, y la prueba del hombre está en la tribulación» (Eccl 28, 5). La bienaventuranza dice: «Felices los que son perseguidos por practicar la justicia, por-

que a ellos les pertenece el Reino de los Cielos». Pero uno se puede preguntar si no hay una contradicción con el mensaje de «Felices los pacíficos», porque es evidente que la persecución turba el estado de paz o lo imposibilita totalmente. Respondemos que la persecución es la causa de la remoción de la paz exterior, pero no de la interior que poseen los pacíficos. En este caso, la persecución en sí misma no es la esencia de la felicidad, sino su ocasión externa. Pues se dice «por» o sea a causa de practicar la justicia. Lo que nos hace felices en Cristo es el ejercicio concreto de la justicia. El *pendant* petrino de tal beatitud dice: «Dichosos ustedes, si tienen que sufrir por la justicia» (1 Pt 3, 14). Es de notar que no se dice a causa de los ateos, secularizados o no creyentes, ni se habla del motivo de la fe como en el caso de los mártires clásicos, sino que se indica solamente como razón de la persecución la práctica de la justicia, que es la virtud social por excelencia. Es evidente la valencia política de esta bienaventuranza. Ser perseguido por la paz es la corona de un gobierno y de un pueblo cristiano.

Y esto nos lleva a Mateo 25, 32 ss, que es bueno recordar y transcribir: «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria rodeado de todos los ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas en su presencia, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá a aquellas a su derecha y a estos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los que tenga a su derecha: «Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver». Los justos le responderán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?». Y el Rey les responderá: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo». Luego dirá a los de su izquierda: «Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles, porque tuve hambre, y ustedes no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber, estaba de paso, y no me alojaron; desnudo, y no me vistieron; enfermo y preso, y no me visitaron». Estos, a su vez, le preguntarán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, de paso o desnudo, enfermo o preso, y no te hemos socorrido?». Y él les responderá: «Les aseguro que cada vez que no lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron conmigo». Estos irán al castigo eterno, y los justos a la Vida eterna». Sabemos que el papa Francisco insiste justamente en señalar que este es el protocolo con el que seremos juzgados. Iré a lo esencial por la exigencia del tiempo.



Ante todo, el Rey, Jesucristo, bien representado en el Juicio final de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, dice «benditos de mi Padre», porque es Dios la fuente y madre de quien recibimos todas las gracias y los dones que tenemos, sean naturales o gratuitos. Son dos las causas de nuestra felicidad o bienaventuranza: una, por parte de Dios Padre, que es su bendición; otra por parte nuestra, que es el mérito asentado en nuestra libertad de aceptar la bendición de Dios. No debemos ser indolentes, sino cooperadores con el don de Dios, «por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no fue vana en mí» (1 Cor 15, 10). Todo cristiano, por tanto, sabe bien que debe hacer todo lo que esté a su alcance, pero que el resultado final depende de Dios y de su bendición: esta convicción lo debe sostener en la realización diaria de las bienaventuranzas, especialmente en las situaciones difíciles y en la persecución por realizarlas. A este propósito, san Ignacio de Loyola nos enseña en la modernidad la mejor regla para actuar poniendo todo en Dios como causa primera, y todo en la libertad humana, sostenida por la gracia, como causa segunda: «Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios»<sup>5</sup>.

Uno se puede preguntar por qué siendo tantas las posibles acciones meritorias, el Señor propone aquí como protocolo y criterio de salvación las obras de misericordia con el prójimo. Algunos han interpretado esto sugiriendo que con el solo hacer las obras de misericordia, uno se salva, aunque cometa muchos pecados, un poco parecido a aquello de: «cree fuerte y peca más fuerte» (*Esto peccator et peccafortiter, sed fortius fide et gaude in Christo*). Pero sabemos por Pablo que no es así: «Los que obran el pecado, dignos son de la muerte» (Rm 1, 32), y en Gálatas, después de enumerar los pecados carnales, dice «tales no poseen el reino de Dios» (5, 21). Luego, esta interpretación es ilusoria. Naturalmente, puede ser que uno se abstenga de pecar y haga penitencia, y así por la limosna, se libere del pecado y se salve. Pues la limosna debe empezar desde nosotros y desde el fondo de nuestro corazón. El papa Francisco insiste siempre en el consejo que daba como confesor: haz limosna y mírale la cara con cariño al ayudado. Y si uno es ateo, como el caso del fundador del exitoso diario italiano *La Repubblica*, Eugenio Scalfari, ¿qué hacer? Sabemos que el papa Francisco, con santo Tomás, le ha respondido recientemente por carta que debe seguir su conciencia que indica como primer postulado: hacer el bien y evitar el mal. Respecto de la generosidad, hay una anécdota significativa de su sucesor en la sede de Buenos Aires, que contó monseñor Polli mismo en el almuerzo para celebrar el palio. Este último salía apurado de la arquidiócesis para llegar puntual a una comida, y un indigente se le cruza pidiéndole ayuda. Mons. Polli se disculpa «Tengo solo estos cincuenta pesos, que es el costo del viaje en taxi que debo emprender». Mientras tanto llega el taxi, y ante la

insistencia de esta persona, Monseñor Polli le promete: «Vení mañana, que te los daré, sin falta». La persona indigente, entonces, empieza a gritar: «¡Volvé, Bergoglio; volvé!». El Cardenal tenía mano generosa; daba a todos, siempre.

Pero ¿por qué Cristo se refiere a estas obras más que a otras? Según san Gregorio, porque estas, que él interpreta como las mínimas, suponen las otras: si no se hacen las cosas primarias que exige el amor natural, mucho menos las mayores. San Agustín afirma que todos pecamos en este mundo, pero no todos nos condenamos. Quien hace penitencia y promete satisfacer mediante las obras de misericordia, se salva. Como veremos, el papa Francisco señala que bajo las obras de misericordia todas las obras buenas están incluidas. Así, cuando realizamos una bienaventuranza cumplimos nuestro deber de caridad hacia el prójimo. Por ello, cuando se hace bien al prójimo, ante todo se beneficia uno mismo. Y no pensemos solamente en la limosna corporal sino también en la espiritual. Todo lo que el ser humano hace en favor del prójimo, redundará en bien de sí mismo, y todo lo que hay que hacer está como contenido en las obras de misericordia.

Ahora, ¿por qué los justos responden con admiración: «Señor, cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?» Ante todo, ellos están admirados de la sentencia del Señor por sincera humildad, pero no solo eso.

La respuesta del Señor indica el nuevo enfoque evangélico que revoluciona todas las categorías precedentes: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo». ¿Por qué? Ante todo, porque todos somos hermanos: somos un cuerpo del cual Cristo es la cabeza y nosotros sus miembros o en acto o en potencia.

Pero, ¿todos los seres humanos son hijos de Dios? Sí, todos, buenos y malos al menos por participar de la común naturaleza humana que nos hermana; y no pocos por participar de la gracia de Cristo, que nos hace ser «conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (Ef 2,19). ¿Pero estamos llamados a obrar el bien a todos? Sí, a todos, porque Cristo «es primogénito de muchos hermanos». Y a todos ellos debemos misericordia y servicio. El Apóstol dice: «mientras estemos en el tiempo obremos el bien a todos» (Gal 6, 10). En el fondo, todos estamos llamados a participar de la gracia de Cristo, sea en acto o en potencia.

¿Por qué preferencialmente a los más pequeños? Porque ellos son los miembros más necesitados, menesterosos y carentes del cuerpo de Cristo. Son las llagas vivas de su carne. Ejerciendo la caridad para con «los más pequeños», la hacemos a Cristo mismo sufriendo hasta el fin de los tiempos en ellos. Como el papa Francisco ha dicho durante la reciente canoniza-



ción de la santa mexicana Guadalupe García Zavala, «esto se llama ‘tocar la carne de Cristo’. Los pobres, los abandonados, los enfermos, los marginados son la carne de Cristo. Y Madre Lupita tocaba la carne de Cristo y nos enseñaba esta conducta: no avergonzarnos, no tener miedo, no tener repugnancia a tocar la carne de Cristo. Madre Lupita había entendido qué significa eso de ‘tocar la carne de Cristo’»<sup>6</sup>. Imaginarse si esto no tiene una dimensión política y social. Los más pequeños, la llagas de Cristo hoy tienen un nombre y se llaman los jóvenes que vagabundean por las calles sin esperanza y sin educación, tienen el nombre de los hombres y mujeres de todas las edades que por un motivo u otro están en los hospitales, son también los seres humanos que están en las cárceles, son los migrantes del mundo global que miramos con tanta indiferencia, son los inválidos de tantas guerras sin motivo que se libran en el mundo global. Un gobierno y la situación espiritual de una nación se ven en cómo funcionan la educación, los hospitales, las cárceles y en la acogida al inmigrante y al forastero según el lema de san Benito: *ubi hospes ibi Christus!*

Los pueblos y sobre todo los cristianos y católicos estamos invitados a una regeneración en la gracia de Cristo, a un renovado camino en la fe, la esperanza y la caridad, que abraza la totalidad de la familia humana y la creación. Lo confirman la gran vigilia por la paz del 7 de septiembre, iniciada con la “bendición originaria” sobre la creación y sobre la humanidad («Dios vio que era cosa buena») y el proyecto de espoliación presentado en Asís con las palabras de Mateo 11, 25: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños». ¿Ha comenzado la revolución de los pequeños? En todo caso, las Beatitudes y el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo («el protocolo con el que seremos juzgados y serán juzgados los pueblos») constituyen para el Papa su programa y «el plano de acción» para los creyente y los hombres y mujeres de buena voluntad, y los buenos gobiernos de los pueblos. Esta es la novedad de Francisco, que siempre la vivió como cristiano, sacerdote y obispo, y ahora la quiere actuar como Papa. ¡Muchas gracias!

#### Notas:

1- Francisco de Quevedo y Villegas, *Poderoso Caballero es Don Dinero*, letrilla burlesca, 1632. Para Santo Tomás de Aquino, «el deseo inmoderado de poseer» se llama avaricia (*S.Th.*, II-II, 118, 2), que define también como «el amor desordenado de la pecunia (dinero)» (*In I Tim.*, 6, 10, Torino 1953, p. 259, n° 251). Esto lleva al lucro como fin en sí, que es una búsqueda desenfrenada de la riqueza «que no conoce límite sino que tiende al infinito (*quaeter minum nescit sed in infinitum tendit*)» (*S.Th.*, II-II, 77, 4).

2- Cf. el reciente informe *UNODC 2012 Report on Trafficking*, la Organización Internacional del Trabajo estima que desde 2003 «globalmente, 20,9 millones de personas fueron víctimas de trabajo forzado. Esta estadística incluye también las víctimas de la trata de personas para la explotación sexual», [http://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/glotip/trafficking\\_in\\_Persons\\_2012\\_web.pdf](http://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/glotip/trafficking_in_Persons_2012_web.pdf), pág. 1.

3- Santo Tomás de Aquino explica en un modo convincente que el deseo desordenado de los bienes de este mundo deriva de la carenciada condición humana: «la avaricia se dice incurable a causa de la condición del sujeto, porque la vida humana está continuamente

expuesta a la privación. Toda insuficiencia incita a la avaricia. Pues la razón de la búsqueda de los bienes temporales es la de subsidiar a la indigencia de la vida presente» (*De Malo*, 13, 2 ad 8).

4- «Cristo, por el simple hecho de haber estado desapegado de todas las riquezas (*omnes divitias contempsit*), demostró en sí mismo el grado supremo de liberalidad y magnificencia. Aunque también ejerció un acto de liberalidad conforme a sus posibilidades, ordenando que se entregasen a los pobres las cosas que a él le daban; por eso cuando el Señor dijo a Judas, según *Jn 23, 27*, *lo que vas a hacer hazlo pronto*, los discípulos pensaron que el Señor le había mandado dar algo a los pobres (v. 29)» (Santo Tomás de Aquino, *S.Th.*, III, 7, 2, ad 3).

5- Cf. Pedro de Ribadeneira, *Vida de San Ignacio de Loyola*.

6- *Homilía del Santo Padre Francisco*, 12 de mayo de 2013, [http://www.vatican.va/holy\\_father/francesco/homilies/2013/documents/papa-francesco\\_20130512\\_omelia-canonizzazioni\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/francesco/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130512_omelia-canonizzazioni_sp.html)